

tuviera que ser alcanzado, yo hubiera preferido estar muerto que sobrevivir inválido".

El orador en los oficios, André Marty, un dirigente comunista francés, un hombre de cabeza grande y, ojos, nariz y boca juntos, alababa los méritos del fallecido. Un grupo de milicianos cantó en la despedida a Hans, como un canto ahogado y melancólico de los remeros del Volga, el himno de los soldados del pantano. De su modo de cantar la última estrofa se deducía la esperanza de tiempos mejores:

"No nos lamentamos.
eternamente no puede ser invierno.
Alguna vez diremos contentos:
Patria, de nuevo me perteneces
no saques a los soldados del pantano
nunca fuera del pantano".

Para finalizar, la internacional retumbaba en todos los idiomas.

La celebración se había terminado. Yo pensaba con asco en el cuartel repleto y maloliente. Las encendidas palabras de André Marty sobre el nuevo mundo perfecto que construirían los trabajadores sonaba irónico en mi memoria. ¿Porque no comenzar primero por limpiar las propias pocilgas?. Esa gente presumía de su maravilloso orden mundial y no terminaba de una vez por todas con una única ciudad. Ni siquiera ponían orden en su propio cuartel.

Visitamos algunos cafés abarrotados. En cada uno de ellos se podía encontrar internacionales. Algunos alardeaban de los actos heroicos que habían preparado para las próximas batallas.

En el Gran Hotel había otro nivel. Había también internacionales aunque de otra categoría, de apariencia vanidosa. Bebían también bastante aunque con medida y, sobre todo, cosas de calidad. Se permitían cenas exquisitas. Algunos parecían estar alojados en el hotel y haberse asegurado la compañía de mujeres para superar su duro trabajo. Me enfadaba el ser engreído. Pensaba en el humilde y por todos querido Hans Baimler. Hans debió morir. Los mejores fallecen porque luchan delante. Los caciques permanecen atrás y nunca mueren.

Nos encontramos con algunos camaradas que conocíamos de Aragon. Habían sido heridos allí y habían venido hacía algunos días a Albacete donde debían esperar, como los Oloter, a ser enviados al frente. Blasfemaban sobre el orden de los cuarteles, y contaban historias sobre embaucadores, ladrones y maleantes. El frente parecía un paraíso, allí no había tanta gentuza como en la retaguardia.

Los antiguos camaradas invitaron a los oloter a dormir con ellos en los cobertizos, lo cual era más agradable que una noche en el cuartel. Nos tumbamos en el suelo y permanecemos un rato charlando. Estábamos todos de acuerdo en que Albacete debía ser abandonado lo antes posible. Herbert padecía dolor de estómago pero se negaba a ir al médico, decía que no quería dar vueltas por los hospitales. Quería luchar, decía que no podía resistir más tiempo en la podrida retaguardia. "¡Maldición otra vez!. No me quedo ni una noche más en Albacete, si golpeamos con fuerza las mesas del